

datos, que enriquecerían por ventura investigaciones más largas y laboriosas, cuán grande parte tuvo el pequeño estado pirenaico en la formación de aquellas bandas invasoras de la Grecia, de aquella nueva cruzada política, parecida á la de los catalanes y aragoneses, si no en lo peregrino y romancesco de sus hazañas, ni en sus dilatadas campañas en Asia y en Europa, en lo permanente de su dominación cuando menos. El rey de Navarra miró con más interés que los aragoneses el establecimiento de su dinastía en las lejanas comarcas de Oriente, y sólo la muerte de su valeroso hermano pudo divertirle de tal propósito (1).

Dejamos indicado que la expedición de los navarros á Levante se preparó acaso antes del casamiento del infante D. Luís con Juana de Sicilia en 1366; y en verdad, al reflexionar sobre el empeño que el rey D. Carlos II de Navarra ponía en la conquista de la Albania y en asegurar esta rica provincia para su dinastía; ante el hecho de una alianza tan extraña á primera vista como la de su hermano Luís con una princesa de Oriente, parécenos que debe naturalmente ocurrir la sospecha de que la expedición navarra á Grecia no fué sugerida por el deseo personal del infante de recobrar á fuer de brioso paladín, émulo de los héroes legendarios, y en lances peligrosos é inverosímiles como los de los libros de caballerías, los Estados que á su mujer arrebató el albanés Carlos Thopia; sino que por el contrario, el enlace del príncipe navarro fué buscado hábilmente como medio de promover la conquista de la Albania y trasladar á Oriente con probabilidades de éxito el campo de las perpetuas rivalidades con Aragón. Carlos II, al fin y al cabo, no podía por su sangre francesa permanecer impassible ante la humillación que sufría en Grecia la causa anjevina, y pudo muy bien, en alguno de aquellos ensueños ambiciosos que debieron pasar por su mente al verse aclamado rey por el pueblo de París, acariciar la esperanza de que le estuviese á él reservada la

(1) Rubió y Lluch, obr. cit., cap. I, p. 29 y sigs.

gloria de abatir en Oriente las barras aragonesas. El mismo auxilio que para este fin prestó al bravo infante el rey Carlos V de Francia antes de tratarse de su casamiento, es un claro indicio de que en la empresa del navarro se agitaba alguna idea más alta é importante que la de la reintegración del patrimonio de una duquesa de la Iliria (1).

Murió el infante D. Luís en 1376, y á partir de esta fecha nos encontramos con una gran laguna histórica que continúa por espacio de cuatro años, hasta el 1380, en que la Compañía navarra pasa al servicio del último emperador titular de Constantinopla, Jacobo ó Jaime de Baux. Entra entonces en una nueva fase esta Compañía, cambiando de caudillo ó de señor, y aun de destinos, y dirige sus armas y sus esfuerzos á más fecundos resultados y contra distintos enemigos. En ese año 1380, cuando la Compañía vuelve á presentarse en escena, vivía aún la duquesa de Durazzo, pero entiende el joven historiógrafo que tomamos por seguro guía, que acaso ya había dado ella de mano á sus antiguas pretensiones, contribuyendo á esto principalmente, además de la pérdida de sus posesiones en el Adriático, su nuevo enlace con Roberto de Artois, conde de Eu. Los hechos de la Compañía navarra antes del año 1380 son poco conocidos; y sin embargo debieron estos heróicos campeones proceder con grande actividad, á juzgar por la tierra que tenían subyugada al emplearlos Jaime de Baux como instrumento de sus ambiciosas miras, dado que muy al principio de este año los hallamos ya dueños de la mayor parte de los estados catalanes del Ática y de la Beocia.

(1) Un historiador alemán moderno que goza de no escaso crédito, el doctor Hertzberg, supone en su *Historia del Imperio bizantino y de la Monarquía turca*, part. 3.ª cap. 1.º que los navarros hicieron su primera aparición en los territorios de las monarquías francesas de la Grecia después del año 1380, en que Jacobo de Baux los llamó á su servicio, inducido del temor de que la excomuniación lanzada por el papa Urbano VI contra Juana de Nápoles, cuyo cuarto marido Othon de Brunswick cedió la Morea á los Caballeros de San Juan, produjese para él algún mal resultado. Los datos sacados del Arch. de Comptos de Navarra que ha utilizado el Sr. Rubió, hacen manifiesto el error de que parte el doctor alemán.



Jaime de Baux es una figura demasiado importante en el teatro histórico de su tiempo para que pueda omitirse la noticia de su proge y de sus hechos. Su familia, una de las más antiguas de la Provenza, era ya conocida en Grecia cuando Catalina de Valois, emperatriz titular de Bizancio, gobernaba la Morea, donde un Bertrand de Baux, Señor de Courthézon, desempeñó por dos veces el cargo de baile y mariscal de Acaya. Unida luego esta casa con la reinante de Anjou-Tarento por el casamiento de Francisco de Baux, duque de Andria, con la princesa Margarita, hermana de los dos príncipes de Morea y emperadores titulares de Constantinopla, Roberto y Felipe II de Tarento, Jaime de Baux, hijo de Francisco, vino á reunir en su persona todos los derechos que sobre Bizancio y la Morea tenía la rama de Anjou, sucesora de los Villehardouin y los Courtenay, en cuanto los dos príncipes Roberto y Felipe, hermanos de su madre, murieron sin herederos. Y como si esta rica sucesión no bastara á su engrandecimiento, quiso la suerte que, muerto también sin descendencia de varones su cuñado D. Fadrique de Sicilia, marido de Antonieta hermana de Jaime, pudiese éste ostentar títulos casi iguales á los de D. Pedro IV de Aragón; de modo que el parentesco estrecho de la familia de Baux con los anjevinos primero, luego con los príncipes aragoneses de Sicilia, y más tarde con la casa de Durazzo, por su matrimonio con Inés, hermana de la duquesa Juana, que le hacía conuñado de Luís de Evreux, nos explica satisfactoriamente porqué fué tan extenso el campo que se abrió al segundo jefe de la Compañía navarra y porqué ambicionó sobre la conquista de los estados de la casa de Anjou en las costas del Epiro é Imperio de Bizancio, la del Ducado de Atenas y de toda la Morea. «Alentado por las tradiciones de la inquieta familia cuyos eran los títulos que heredaba, y sobre todo por el socorro de los temidos soldados navarros, soñó Jaime de Baux realizar la marcha triunfal al través de la Romanía hasta la imperial Constantinopla, por los angevinos tantas veces anhelada y emprendida con preparativos

tan brillantes y poderosos cuanto en su éxito desgraciados (1).» —Pero se frustraron sus designios, porque se repitió en sus navarros el ejemplo constante de convertirse en dominadores los que sólo habían de ser meros auxiliares; «ellos fueron los verdaderos señores de sus conquistas, y el imperio de Jaime Baux no pasó de un vano ensueño, de un engañoso título, efímero y nominal.» —¿Con qué condiciones pasó á su servicio la Compañía navarra? ¿Quiénes fueron sus principales cabos ó capitanes? No se sabe. Supónese que Mahiot ó Mahieu de Coquerel (2), como caballero principal y camarlengo del rey de Navarra, no dejaría de merecer la confianza del príncipe, y que él sería el encargado de conducir las huestes á las conquistas primeras realizadas en el Epiro y en el Ática bajo las enseñas navarro-anjevinas.

Muchos obstáculos tenían que vencer para recobrar la rica herencia de su nuevo Señor, la cual se hallaba desmenuzada en poder de usurpadores ó de extranjeros enemigos. Tarento y Corfú obedecían á la reina Juana de Nápoles, cuyo único título era haber casado con Luís de Tarento, hermano de Roberto y de Felipe II; el Ducado de Atenas se hallaba dominado por los catalanes, partidarios de su rival D. Pedro IV de Aragón; la Acaya ó Morea había sido cedida á Othon de Brunswick por su esposa la reina Juana, y por éste á su vez al Gran Maestre de Rodas, Juan Fernández de Heredia, y hallábase entregada á la más espantosa anarquía. Mas la dificultad de la empresa no abatía el ánimo del Príncipe, ni menos el de sus soldados. Comienza la Compañía navarra sus conquistas arrebatando á

(1) Rubió y Lluch, p. 36.

(2) Maiotto de Cocarelli le llaman Schlunberger y Hertzberg, haciendo, no sabemos porqué, italiano su apellido, que era evidentemente francés, según se lee en el curioso documento del *Arch. de Comp.*, tom. 152, fol. 18, que es el único en que consta el alistamiento y los sueldos de los caballeros y gentes de armas enviados por Carlos el Malo en ayuda de su hermano el infante D. Luís de Navarra en 1376.



Othon de Brunswick su predilecta Tarento; sujeta luego á los corfiotas, quienes, para verse libres de sus terribles vecinos los albaneses, se habían entregado á la reina de Nápoles, juntamente con los barones de Morea, aclamándola princesa de Acaya. En la histórica Corcyra (Corfú), los navarros, avizados á solemnizar el advenimiento de sus monarcas con la hermosa ceremonia de levantarlos sobre el escudo, alzan por su Señor y rey al pretense emperador Jaime de Baux. El nuevo rey procura ganarse voluntades confirmando los antiguos privilegios y otorgándolos nuevos; pero ¡qué amarga decepción le espera! Sus navarros no se hicieron simpáticos á los volubles isleños: los mismos barones á quienes más había él agasajado con dádivas y privilegios, se separan de su causa; promuévese más tarde un levantamiento, y los navarros son expulsados á los dos años de haber consumado su conquista.

Mientras gobernaban en Corfú en nombre de su rey, la más florida porción de la Compañía se lanzaba sobre la Grecia central invadiendo los ducados catalanes. ¡Con cuánta presteza, valor, táctica y empuje no procederían, cuando á principios de aquel mismo año 1380 ya la hueste navarra había traspasado los límites de aquellos ducados y era dueña de sus plazas principales! Pero en ellos va á encontrarse frente á frente con otra Compañía ya famosa, la más afortunada y pujante de cuantas compañías aventureras vió la turbulenta Edad-media alzarse del desgarrado y sangriento seno de las nuevas nacionalidades europeas: compañía de catalanes y aragoneses, que había hecho temblar á Bizancio y á los turcos, y destruído el poder franco en Grecia. Ignórase qué punto eligieron para invadir con más presteza los países ducales, pero tiénese por seguro que fué el Ática el blanco de sus ataques, y causa verdadero asombro cómo en el brevísimo tiempo en que lo realizaron pudieron desde la costa occidental del Epiro caer directamente sobre Atenas. Ahora Jaime de Baux cifra sus derechos de conquista en ser heredero de los Courtenay y de los anjevinos y pariente próximo de

Federico II de Sicilia y de los Enghien (1), duque efectivo el primero y titulares los segundos de Atenas; y prométese con el esfuerzo de sus navarros alcanzar la reconquista de toda la Rumanía. Sus mercenarios españoles van ahora conducidos por hombres como Mahieu de Coquerel, Pedro de San Superano ó Saint Exupery, caballero gascón Señor de Landirans, de la veta de los Captales de Buch, de los Calverly y de los Du Guesclin, y por un Bernardo Varvassa: así las plazas más fuertes del estado catalán van cayendo unas tras otras en poder de las impetuosas bandas navarras. Favorecía á los nuevos invasores la anarquía que se había apoderado de aquellos ducados, donde aún estaban recientes las huellas de las encarnizadas luchas entre Pedro de Puig y Roger de Lauria, de las devastaciones llevadas á cabo por los turcos, de las abominables escenas del gobierno de Mateo de Peralta y de la porfiada contienda civil que siguió á la muerte de Federico III de Sicilia y que todavía duraba. Favorecieronles también el antagonismo de las dos ciudades rivales, Tebas y Atenas, que se disputaban la hegemonía gubernativa, y que miraban con antipatía el engrandecimiento del Vicario general de los ducados; la hostilidad de los naturales griegos, siempre mal hallados con toda preponderancia latina; la inmoralidad, que prestaba á las armas de Baux auxiliares en no pocos traidores griegos y catalanes; y por último la estudiada porfía de un marqués de Bodonitza, dueño del histórico y estratégico paso de las Termópilas, que, nuevo conde D. Julián, facilitó á los aventureros navarros el tránsito á la Phtiótida y demás tierras de D. Luís Fadrique de Aragón, y el aún más fácil á las fragosidades de la Beocia y á las abiertas llanuras del Ática.

Atenas, Tebas, Lebadia y las demás ciudades importantes de ambas provincias sufrieron los rigores de la invasión, pero

(1) Juan de Enghien, conde de Lecce, había casado con Blanca de Baux. Hopf, *Chroniques*, p. 474, apud Rubió y Lluch, obr. cit. cap. III, p. 88.



Atenas fué el objeto principal de las acometidas de los navarros y el alma de la resistencia de los catalanes, y ante sus muros se libró la batalla que por corto tiempo había de decidir de los destinos del Ática y de la Beocia. Allí combatieron como buenos y leales el veguer y capitán de la ciudad, Galcerán de Peralta y otros cuyos nombres conserva con veneración la imparcial historia, así como guarda también para escarnecerlos los de algunos rebeldes y traidores. Reñida fué la lucha y durante ella cayó prisionero en poder de los invasores el valiente Galcerán de Peralta, caudillo de las fuerzas reales, y otros adictos á la causa de Aragón. Sólo en la inexpugnable Acrópolis de la inmortal ciudad de Pericles, donde hacía sesenta y nueve años que tremolaban sin ser nunca rendidas ni humilladas las barras catalanas, no pudo alzarse ni por un instante la imperial enseña de Jaime de Baux: allí se hicieron fuertes los defensores de Atenas, y desde los muros rechazaron todas las acometidas enemigas, y con su heroísmo salvaron el ducado.—Pero ni Tebas ni su poderosa Cadmea se libraron de los horrores de la expugnación, y las demás ciudades y lugares del Ática y de la Beocia, con sus castillos, sufrieron el rigor de las vencedoras bandas, ó el bochorno de un vencimiento sin resistencia. No expresan los documentos allegados por el autor del precioso libro á cuya luz penetramos en el *Oriente navarro*, si fué larga ó corta la estancia en Tebas del glorioso pendón timbrado con las cadenas de don Sancho el Fuerte, pero hay motivos para creer que duró más que en ningún otro punto del ducado.

Pero no organizó población alguna resistencia más heroica que la de Lebadia: dirigióla el veguer Guillermo de Almenara, secundado por el barcelonés Jaime Ferrer de Salona. Aquél pagó con la vida su lealtad á la corona de Aragón; éste estuvo á punto de perderla en la reñida toma de su castillo, cuyas puertas quebrantó la traición. «Una vez desvanecida toda esperanza de salvación, los habitantes, que no cedieron á su jefe en heroísmo, prefirieron abandonar el lugar y sus casas, destruir

sus bienes y refugiarse junto á su vicario y señor propio, á vivir sin honra y sin libertad bajo el poder de sus enemigos.»

Debe suponerse que las conquistas de los navarros en la Grecia central no pasaron del Ática, de la Beocia y tal vez de la Phtiótida, porque no se refieren á otras comarcas los documentos. La montuosa Fócida, erizada de castillos y defendida por los angostos pasos del Parnaso y por el enérgico gobierno de D. Luís Fadrique, y el ducado de Neopatria con su bien fortificada capital y el auxilio del vecino conde de Demetriadés y sus albaneses tesalios, les opusieron tenaz resistencia, ante la cual cedió su poderoso empuje. Pero respecto de las plazas y lugares rendidos, es curioso observar que si en dos ó tres meses se apoderaron de ellos, en menos espacio de tiempo probablemente los evacuaron para pasar al otro lado del istmo de Corinto. Si conservaron ó no desde Morea algunas de sus conquistas, no se puede afirmar con seguridad, y es punto tan oscuro como este el señalar la forma y la data cierta de su paso al Peloponeso. Sólo se tiene por averiguado que en Mayo del mismo año 1380 en que se pusieron al servicio de Jaime Baux, habían ya perdido la capital del Ática (1).—No podían ser más funestas de lo que fueron para los ducados catalanes, á pesar de las providencias tomadas por el rey de Aragón para precaver en lo venidero golpes de mano como los que acababa de recibir su corona en Grecia, las consecuencias de la invasión navarra. Gracias á ella, alzó con mayor fuerza su cabeza la rebelión, que

(1). Del pasado escarmiento resultó un beneficio para los catalanes y aragoneses de la Grecia central, y fué que convencidos de lo perniciosas que para ellos habían sido las discordias intestinas y las enemistades entre las dos regiones del ducado, la oriental y la occidental, celebraron dos solemnes asambleas de reconciliación, una en Atenas y otra en Salona, de cuyas conferencias nacieron los famosos capitulos de concordia que presentados á D. Pedro IV de Aragón por los procuradores Guerau de Rodonella y Juan Boyl, obispo de Megara, confirmó aquel monarca en Lérida en 1.º de Setiembre del mismo año 1380. Puede verlos el lector entre los interesantísimos documentos reunidos por el Sr. Rubió y Lluch al fin de su libro: llevan el número XXXII de la Parte Segunda, en que figuran los del archivo de la Corona de Aragón, hasta ahora inéditos.



tardó en ser extinguida, y sufrieron aquellos ducados menoscabo harto sensible en su población. Cuál no sería éste cuando el Ceremonioso, en 31 de Diciembre de 1382, tuvo que otorgar, á ruegos de los vasallos de aquellos dominios, exención completa por dos años á todos los griegos y albaneses que fueran á habitarlos?

Cuando la compañía navarra pasando el istmo invadió el Peloponeso, apenas se conservaban allí algunas de las antiguas baronías francas erigidas después de la conquista. Conservábase, además del principado de Acaya, objeto principal de la invasión, la de Argos y Nauplia que reconocía por señor á Pedro Cornaro; la de Corinto, que gobernaba Nerio I Acciajuoli; la de Veligosti, Damala y Chalandritza, de la cual era señor Centurione I Zaccaria; y la de Arcadia y San Salvador, donde conservaba Erardo III el título de Barón. Juntamente con estos Estados, en todos los cuales los florentinos, genoveses y venecianos se habían sustituido á los degenerados descendientes de la nobleza franca conquistadora, existían una baronía de Patrás, poseída por los turbulentos arzobispos primados de la Morea, también italianos, y un *Despotado* de Misithra, situado en el corazón mismo de la península, rodeado de enemigos y defendido por las elevadas cumbres del Taigeto y por el valor indomable de sus habitantes, nunca sometidos á la dominación franca. Pero descollaba sobre todos el poderío de Venecia, la cual, aunque despojada por los conquistadores francos del Peloponeso, que había antiguamente poseído, seguía dominándolos de hecho con su influencia incontrastable, firme y perseverante; á tal punto que ni el arzobispo de Patrás, ni el déspota griego de Misithra pudieron eximirse de aquella moral hegemonía.—Mas el principado de Acaya, cedido por la reina Juana de Nápoles á la religión Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, se hallaba en poder de esta prepotente orden, cuyo Gran Maestre D. Juan Fernández de Heredia era uno de los principales caballeros de aquel tiempo; y este principado era cabalmente lo que más ambicionaba adquirir la Compañía navarra.

Tomó desde luego á Vostitza y se posesionó del país Mahieu de Coquerel, como baile del emperador y príncipe Jaime de Baux: púsose el caudillo gascón de acuerdo con los caballeros de la orden, ofreciéndose á servirles con 50 hombres durante ocho meses; siguieron su ejemplo otros jefes ó capitanes, entre ellos Johanco de Urtuvia, Angel de Parisio, Pedro de Navarra, Roger de Bojano y Antonio de Nolle, poniendo á disposición de los caballeros hospitalarios sus gentes, arqueros la mayor parte; pero el mayor número de los aventureros, bajo el mando de los capitanes Pedro de San Superán y Bernardo Varvassa, rehusaron servir al Gran Maestre protestando que su único señor era el Emperador Jaime; por lo cual los hospitalarios tuvieron que desocupar el país (en Agosto de 1381) después de pagar á Coquerel la soldada estipulada, dejando apoderados de él á los navarros.—Desde Vostitza, pues, se dirigen por mar á Zonclón, y apoderanse de este puerto, que perpetúa quizá el recuerdo de la dominación navarra en su nombre actual de *Navarino* (1), y dueños de esta plaza fuerte, la más codiciada de las vecinas colonias venecianas de Corón y Modón, se encaminan á Andrusa, en la Mesenia, capital á la sazón del principado, y después subyugan la castellanía de Calamata, lindante con el despotado griego de Misithra y con las colonias venecianas mencionadas. Esta proximidad da origen á cuestiones sobre límites y á graves discordias, que apacigua la intervención del obispo de Corón, naciendo de aquí un formal tratado, suscrito por Paolo Marcello y Micaele Steno de una parte, y de la otra Mahieu de Coquerel, *baile de Acaya y de Lepanto*, San Superán, Juan de Ham Subsión, Lorenzo de Salafranca y Juan de Espo-

(1) Dícelo Carlos Hopf, y lo repiten los eminentes historiadores Sathas y Schlumberger; pero á fuer de imparcial investigador de la verdad, nuestro don Antonio Rubió y Lluch recuerda que la crónica griega de Morea, escrita muy anteriormente á la invasión navarra, designaba ya á Pylos, en cuyas cercanías levantaron nuestros vascones franco-navarros el *Castellum Navarrinum* ó *Chastel des navarrais*, con el nombre de *Avarinos*.